

Cartas de amor

Fran Alonso

Algar joven

¿Cómo amar cuando hay violencia y pobreza?

Lugo, Galicia
29 de octubre de 2006

Querida Nafissatou:

Te escribo para comunicarte la muerte de tu hermano. Es muy duro decírtelo, aunque sea por carta. Tengo la boca pesada, dolorida. El silencio me agujereó el cuerpo, me atestó las venas de mariposas muertas, y ahora siento que todo me hierve por dentro, a punto de reventar. Mi boca *wolof* está abrasada como un tizón. Y, a pesar de todo, aquí, los nuestros, la gente de Senegal, los que se decidieron a emigrar a Europa en busca de mejor suerte, os cuentan muchas mentiras. Quiero decir, que os las cuentan cuando escriben sus cartas a casa. A lo mejor es el miedo al fracaso. A lo mejor, la vergüenza. Pero, sinceramente, las cosas no son fáciles para nosotros; a veces la vida aquí resulta asfixiante, mucho más que en nuestro propio país, aunque nadie esté dispuesto a confesárselo a su familia, tan distante, en Senegal, a tantos días de los vuelos de las aves. Yo te escribo para comunicarte la muerte

de tu hermano pero también porque necesito desahogarme. Quizá tampoco yo me decidiría a contarte la verdad si no fuese porque en el camino de mi desventura me acompañó la muerte, como una inevitable estrella negra que se apoderó de lo único que tenía. De lo único que era realmente mío. Te escribo a ti, querida Nafissatou, porque sabes que eres la persona a la que más quiero de todo Senegal, por quien más respeto y aprecio siento. Por eso, transida por el dolor insoportable y devorada por este silencio que me roe insistentemente, te escribo para revelarte lo que ha sucedido desde que Assane y yo dejamos Senegal.

Tú sabes en qué condiciones salimos del país, así que me ahorraré relatarte las penalidades que tuvimos que sufrir hasta llegar a las lejanas costas de Marruecos. Además, no voy a entrar en detalles, porque la cantidad de sucesos que han tenido lugar en mi vida desde aquel día de la partida fueron muchos, demasiados para ser detallados. Te bastará con saber, en todo caso, que la fatiga infinita que nos invadía al llegar a la costa no nos hizo desfallecer, a pesar de mi estado, y aún teníamos fuerzas para acometer la parte más peligrosa del viaje: la de atravesar el perverso mar que nos llevaría a las deseadas costas europeas.

Aquella noche esperamos a que la oscuridad escondiese con su cuerpo inmenso los perfiles de las cosas y, a las tres de la mañana, siguiendo las indicaciones de quien nos tenía en sus manos, embarcamos en una playa de Tánger. Era una barca frágil, inestable, que avanzaba torpemente, vacilante como la cáscara de un cocotero entre la creciente fuerza de aquellas olas. La travesía parecía interminable, tan difícil y arriesgada que el miedo acabó por instalarse en la expresión de cada uno de los apretados pasajeros. Por el tiempo transcurrido, ya no debíamos estar muy lejos de la costa cuando la barca volcó. Esa fue la última vez que lo vi vivo, Nafissatou. Tu hermano Assane, mi marido, desapareció, junto con los otros tripulantes, deglutido por el mar. No lo vi: sólo escuché su voz desesperada, que gritaba para que yo me agarrase a la barca. Yo también me hubiese ahogado, con toda la gravedad de mi vientre, si no llega a ser porque la suerte me amarró a la única cuerda de la embarcación. Ignoro cuánto tiempo tardé en desfallecer; sólo sé que algunas horas después mi vencido cuerpo había embarrancado en un solitario peñón de la costa. A partir de ese momento mi vida deambuló por una vereda de aturdimiento: perturbada por la desaparición de Assane, asustada, sola, a la deriva en una

tierra desconocida, sin dinero —lo llevaba todo él— y sin más referente que un nombre, el de Mamadou, el amigo que nos ayudaría en un borroso lugar del norte llamado Algorta, a muchos kilómetros de distancia. En aquellos instantes de agotamiento y confusión me sentí presa del vértigo: ni siquiera era capaz de pensar. Cazumbi, sonámbula, caminé durante varias horas por el arcén de una carretera hasta que, en un pequeño pueblo, encontré a dos senegaleses vendiendo telas. Ni siquiera fue necesario que hablase. Ellos comprendieron. Me dieron de comer, me metieron en una vieja furgoneta, totalmente destartalada, y me llevaron con ellos a Málaga, una ciudad del sur. Vivían en un piso con otros siete senegaleses, cinco hombres y dos mujeres. A pesar de que su vida allí era realmente dura, me arroparon con todo el calor de su solidaridad. Las semanas que pasé en Málaga las recuerdo casi irreales, como si habitase entre una difusa niebla de cacimbos. Aún no había aceptado mi nueva situación, ni la muerte de Assane, ni mi presencia en un país extraño. A medida que el tiempo iba pasando yo mostraba más inquietud por partir hacia el norte, a la búsqueda de nuestro amigo Mamadou, como había sido el deseo compartido con Assane. Mis camaradas, en cambio, insistían

en que permaneciese en Málaga, donde gracias a ellos ya conocía a alguna gente y estaba aprendiendo a desenvolverme. Por lo menos, me decían, espera aquí hasta el parto, pues ya me quedaba muy poco tiempo para salir de cuentas y les parecía una locura que me marchase en esas condiciones. Además, un parto en España, lo sabía bien, era un pasaporte para la legalización: mi hijo y yo seríamos españoles. No obstante, algo me empujaba a salir a la búsqueda de Mamadou. La partida hacia Algorta me daba miedo: en definitiva, yo era una sombra huidiza, carne clandestina transitando en situación de ilegalidad por un territorio ajeno. El día que abandoné Málaga todo me asustaba: cada rostro, cada paso, cada aliento, cada sombra, cada mirada que se posaba sobre mí la sentía como un interrogatorio previo a mi detención y posterior deportación. Además, en las estaciones de autobuses me encontraba muy insegura, porque —me habían advertido— suelen ser lugares muy vigilados y frecuentados por la policía. Para evitar riesgos, me encerraba en los servicios hasta la hora justa en que partía el autobús, y así eludía cualquier control. El primer día viajé a Madrid sin ningún problema, pero la estación de destino me pareció demasiado peligrosa. Allí, tratando de esconderme

de la policía, perdí el siguiente autobús. Después, para salir de aquel lugar logré coger uno a Burgos, a donde llegué de madrugada. Posteriormente, no sé si el cansancio o mi obsesión por ocultarme hizo que me equivocase de línea, de forma que, unas horas después, aparecí en León, una ciudad que ni siquiera sabía dónde quedaba. León me pareció un lugar frío, áspero, y había muy poca gente por las calles. Muerta de hambre, busqué un sitio en donde poder ofrecerle algo de comida caliente a mi cuerpo por poco dinero. En una zona de la ciudad escasamente transitada entré en una taberna que parecía satisfacer mis necesidades. Fue allí donde conocí a Jean Pierre. Entró por la puerta, cansado y sudando, apoyándose en un bastón y pidiéndome permiso para sentarse a mi mesa. Jean Pierre, que había estado un par de años viviendo en Senegal, era un francés de Concarneau que venía caminando desde Francia. Esa fue la primera vez que oí hablar del Camino de Santiago. Y unas horas más tarde, convencida por aquel hombre, y sin saber muy bien cómo, yo paseaba mi cuerpo bembón por pequeños senderos de tierra, polvorientos y solitarios, que me llevaban hacia lo incógnito y lo desconocido.